

"La costumbre es una segunda naturaleza que destruye siempre la primera". Pascal

Ciudad de México. Detenido en el umbral por la costumbre

Un avión sobrevuela la mañana mientras la tierra despierta. La zona que el piloto observa es grande, abarca toda la pantalla de cristal de la cabina, y se halla inmersa en una bruma translúcida que solo deja intuir edificios por sus forma. Hoy es un día malo en la Ciudad. La naturaleza, en días como este, se toma venganza contra los que desecaron aguas para erigir este bosque, de piedra y arcilla en sus inicios, de hierro, hormigón y cristal en su evolución, mandando la presión necesaria para que la niebla –no acuosa, sarcástica – que la acción humana origina no escape y allí se detenga, haciendo que el hombre se ahogue en sus propios desechos.

Gente, mucha gente. Una gran capital. Más que eso, un estado capital, una ciudad que es estado y capital de la nación que lleva su nombre; un sitio con mucha gente. Y entre tantos, se debe sobrevivir; fácilmente los pocos con mucho, difícilmente los bastantes con poco, milagrosamente los muchos sin nada; que mentirosa suele ser la media aritmética en manos de cerebros desalmados. Y bajo esa presión por mantener la existencia, esta gigantesca urbe promueve la aparición de tipos humanos nacidos de la miseria y crecidos en la privación: buscavidas, malabaristas de la escasez, prestidigitadores que sacan días de vida de la nada alimentándose con raciones de penuria y que cuando mueren lo hacen entre indiferencias. No son productos exclusivos, aparecieron siempre y crecen con la globalidad, pero aquí presentan buenos exponentes.

Esta ciudad gusta de contrastes, y mientras en rascacielos unos metabolizan su desayuno a veinticinco grados centígrados –setenta y siete en los Fahrenheit–, otros sustraen restos alimenticios putrefactos en alguno de los vertederos de Ciudad de México, luchando por ellos contra animales socializados en la inmundicia que, lejanos ya los tiempos en que volaban o correteaban por aires y campos, han terminado por convertirse en sus competidores en este nicho despojológico. Un grupo de niños encuentra cinco cajas de pizzas, imposible saber de qué son; son, y eso les basta. Uno de ellos, mientras ingiere una de estas porciones de vida, alza sus ojos y con asombro descubre un ave que nunca ha visto. Ninguno de los otros sabe decirle que es un cóndor, que como ellos rebusca entre la basura. Quizás, en el pasado, un antecesor de este pájaro perdido ahora entre el detritus volara majestuoso sobre este mismo sitio, dando una minúscula sombra a un incipiente asentamiento, robándole míseros rayos de sol a una ya populosa ciudad que en nada podría compararse a la que hoy visita su descendiente.

Pero no solo de miseria vive el hombre, y tampoco la ciudad, por mucha que haya y se pueda encontrar. Ciudad de México tiene un trozo de noble derroche y moderno bienestar donde encontraremos a la persona que nos va a ocupar. No pertenece a ese mundo de necesidad, aunque viva a pocos metros de él. Es un afortunado, uno de esos pocos que tienen mucho, de los que metabolizan a veinticinco, de los que indiferencia las muertes de los muchos. Se llama Óscar y el hormigón armado es su mejor guardaespaldas. Obviamente, no fue siempre

como lo describiremos, ya que fue niño que corrió y jugó; lo último lo sigue haciendo, lo primero ni pensarlo puede.

Óscar vive una vida, más que sedentaria, *tumbataria*, y es que literalmente vive tumbado. Encerrado y tumbado, y aun así disfruta su vida porque hace lo que más le gusta. Este proceso *tumbatorio* suyo fue gradual y se instauró como definitivo hará cosa de año y medio. Ya desde pequeño, Óscar fue un niño inteligente, así lo confirmaron sus padres, profesores y todo aquel que practicó con él algún tipo de enseñanza. El conocimiento se le adhería con una facilidad pasmosa. Con tres años aprendió a leer, con seis tocaba el piano y con doce perdió su última partida de ajedrez... y fue ante un gran maestro. Con esas facultades pasó por los mejores colegios privados del país, dejando en cada sitio el mejor expediente. Le gustaban las matemáticas y el dibujo, y su tiempo libre lo dedicaba a la informática. A los dieciséis diseñó y programó su primer juego para ordenador: Agnes Snorfsson, la valkiria negra. Lo mandó a una de las empresas en boga por aquel entonces, cuyo director de programación, conocido de algún familiar de su padre, quedó fascinado al ver cómo un adolescente, en su tiempo libre y con un ordenador de clase media, había conseguido un producto capaz de empequeñecer a todo su grupo de trabajo, volcado a tiempo completo y con el mejor equipo. Le fue ofrecido de inmediato integrarse en la empresa, cosa que declinó.

Aceptó en cambio, trabajar para ellos en su tiempo libre, como había estado haciendo hasta entonces; eso le permitiría acabar sus estudios y licenciarse en matemáticas, física y diseño gráfico con las mejores notas. Luego sí entraría en

la empresa, aunque por un breve periodo, justo el que tardó en darse cuenta de que se había convertido en el principal aval de esta y en comprender que siendo, como era, fuente de ingresos, mejor sería serla para sí mismo que para otros. Así que formó su propia empresa, a la que puso de nombre Snorfsson en honor a aquel primer trabajo, y desde entonces lidera las ventas en el sector. Como ven todo un cerebro... para según qué cosas. Porque a la par de esta singular carrera exitosa conseguida a base de aprovechar las ventajas de su intelecto, corría otra en la que esa misma notable mente desdeñaba el cuerpo en el que se alojaba.

Nunca fue Óscar sujeto enjuto, más bien todo lo contrario, prieto en carnes, orondo en figura e insaciable en apetito. Ya de niño fue considerado como regordete, llenito, rechonchito, infladito... Conforme cumplía años y cambiaba familia por compañeros de colegio iban cayendo los *itos*, y los calificativos viraban despectivamente, abundando en ellos los *osos* –seboso, mantecoso– que desaparecieron en su vida adulta trocados por palabras más técnicas que, no obstante, no dejaban de agrandar la importancia que en él cobraba el desatiendo a su organismo: cosas como *obesidad mórbida* y *adiposidad nivel 3*. Ya ven, toda máquina puede tener algún pequeño desajuste, y el de su cerebro consistía en un apetito irrefrenable por hidratos de carbono y grasas de todo tipo que ni las consecuencias visibles en cualquier espejo ordinario, ni las quejas de otras partes de su organismo –llámese pulmones en cualquier ejercicio nimio, llámese corazón tamborileando en ritmo frenético a los tres pasos–, supieron reprimir.

Así llegó el protagonista de nuestra historia a un punto de su vida en el cual era rico en dinero y sobrado en carnes. Los números de su vida en ese momento oscilaban entre los 160 de su coeficiente intelectual, los 124 millones de dólares en sus cuentas y los 312 kilos de peso. El hombre que se escondía tras esos números tenía una empresa que marchaba viento en popa gracias a su imaginación y su habilidad con la informática, y un trabajo que le permitía, cada vez más, gracias a los avances tecnológicos, no tener que acudir a desarrollarlo a un sitio concreto, ya que podía hacerlo desde su propia casa. Y como llegó a costarle tanto mover su cuerpo, como era su jefe y como podía económicamente, decidió hacer de su casa su mundo, y, más tarde, de su cama su casa. Y así llegamos al momento donde comienza el suceso que nos va a ocupar y se conforma la estampa que ahora describo.

Óscar tumba su vida en la zona residencial de Polanco, en un edificio emblemático que puede admirar desde su propia ventana gracias a que se espeja en un alma gemela construida a pocos metros. Vive en una planta alta, no importa cómo de alta, ya que hace tiempo que ni sube ni baja, habita en las alturas postrado, vive suspendido entre paredes, y solo ve el cielo y la forma del edificio que lo encierra a través de la enorme ventana de su habitación. Ya hace casi dos años que sus pies no pisan las aceras, y solo contactan ocasionalmente, una vez cada dos días, a veces cada tres o cuatro, con el entarimado que protesta y cruje bajo el peso su enorme humanidad. Durante ese tiempo de confinamiento ha ido adecuando el espacio donde habita a sus crecientes necesidades. Primero empezó por tirar tabiques y dotar de amplitud el

departamento, de modo que ahora solo consta de tres estancias: un salón-dormitorio-baño, la cocina –territorio ignoto y desértico– y una habitación que funciona a modo de cajón desastre, su leonera, un *cafarnaum* particular donde acumular todo tipo de trastos.

Su cama es el espacio en el que sin moverse se mueve. El dinero ha conseguido convertirla en la zona ideal donde pasa sus días, haciendo posible que la mayoría de sus necesidades estén allí cubiertas: un accesorio plegable le brinda la posibilidad de acceder a un teclado con el que trabajar, una pantalla gigante en la pared de enfrente actúa lo mismo de monitor que de pantalla de televisión, un pequeño frigorífico en el lado izquierdo lo avitualla, el celular, siempre en su mesilla, le avisa de la presencia de cualquier invitado y le permite abrir la puerta de su apartamento mediante una aplicación personalizada, una cuña le alivia de sus aguas menores –para las mayores aún tiene que hacer el esfuerzo de levantarse y recorrer escasos metros hasta el inodoro situado en la misma sala, aunque ya está ideando la manera para evitar tal incomodidad–; todo al alcance de su ser postrado.

Cuenta también con otras manos para ordenar su entorno: las de Isabel, que acude cada día a adecentar el inmueble, le cocina platos que luego deja en el pequeño refrigerador para que él los caliente en el microondas instalado en el flanco derecho del lecho, le hace recados, le vacía la cuña, lo limpia todos los días, y una vez cada dos semanas tira de él para meterlo bajo la regadera, también instalada en el amplio *loft* en el que ha convertido parte de su guarida... Una santa, esta Isabel. Una santa remunerada que ha terminado por

ser una de las pocas personas sobre las que sus ojos pueden posarse sin pasar por el filtro de las ondas electromagnéticas. Las otras dos son su médico, que lo visita una vez al mes en eterno cabreo por la indolencia de su paciente a sus consejos, y su hermana, que lo hace cada sábado para vigilar su salud y no perderle el contacto, invirtiendo parte de su tiempo en esos momentos de compañía con vistas al futuro.

Hoy es jueves tarde y Óscar anda enfrascado en su trabajo. Diseña en este instante la figura de Fedra, su enésima heroína virtual, y lo hace a conciencia. Redondea sus formas, optimizando las curvas para obtener contornos apetecibles a los ojos de cualquiera de los varones a los que está destinado su producto. Tiene ese don: a pesar de sólo conoce el amor propio –el único al alcance de su voluminosa mano–, es capaz de plasmar los deseos del sexo masculino inigualablemente: es uno de los sellos de su empresa. A media tarea sufre un percance: su tableta digitalizadora –un modelo innovador, lo último del mercado– deja de funcionar, y esto lo indispone. Óscar, a pesar de lo que pudiera uno suponer al verlo, es un fanático de su trabajo, y el mero hecho de pensar que puede dejarlo a medias lo exaspera. Pasan los minutos en medio de una terrible frustración y al fin se decide: irá a buscar su tableta antigua, aquella con la que trabajó tanto tiempo sin el menor percance. Sabe que está en la leonera, él mismo le dijo a Isabel que la pusiera allí pensando que, con la nueva, esta que ha mostrado ser bastante inapropiada a tenor de su poca fiabilidad, ya jamás la utilizaría. Una parte de su mente le aconseja que deje de pensar en el trabajo, que cuando Isabel llegue ya le alcanzará la tableta, que vea la televisión

o ponga alguna película. Pero en otra parte de su cerebro se esconde la silueta de Fedra, esperando ser terminada, que le susurra internamente a su oído cosas como: “Quiero nacer ya... acábame mis muslos, haz mi pechos turgentes, mis pezones punzantes, mi piel tersa, mis labios carnosos”. Y esas frases imaginarias, que no se traducen ni se traducirán nunca en voz humana sino en sonido digitalizado, consiguen provocar un hecho bastante inusual: Fedra conduce sus carretas virtuales tan diligentemente que termina por levantar a Óscar de su cama con gran esfuerzo por su parte –algo digno de admirar, ya que solo su vientre consigue semejante tarea, y aun así, el sujeto se empeña en acumular estreñimientos voluntarios con los que dilatar su levantamiento–, dirigiéndolo en cortos y pesados pasos hacia la habitación poseedora de una de las dos únicas puertas del piso, si exceptuamos la de la entrada. Llega fatigado al dintel. Su corazón bombea más rápidamente que el de un atleta de cien metros lisos recién cruzada la meta. Con su mano derecha agarra el marco y descansa; cinco minutos para recuperar el resuello en los que divisa la tableta en cuestión. Ahora se dispone a entrar en la habitación para cogerla y así terminar a Fedra, que espera en el monitor a medio hacer. Entra su pie derecho e intenta hacer lo mismo con el izquierdo, pero no acaba de entrar, algo lo detiene. ¿Qué es?, ¿por qué no puede entrar? Siente opresión a nivel de sus costados e intenta dar marcha atrás, pero tampoco puede: se ha quedado encajado.

No recuerda la última vez que cruzó esta puerta, pero indudablemente debe de haber pasado bastante tiempo. En su intento por cruzarla ahora se ha

quedado literalmente encasquetado en el marco. Ni para adelante, ni para atrás. No entra, pero tampoco sale. Está preso, atrancado. Sometido por una mísera puerta y las dimensiones de su cuerpo. Tiene la cabeza y las manos dentro de la habitación, pero sus pies no han podido pasar por culpa del amplio abdomen. No hay modo. Forcejea, lucha contra este sarcástico enemigo, este jocoso adversario, una puerta, pero no consigue vencer. Son pocas sus fuerzas y mucho su volumen.

Lo primero que pasa por su mente, ese privilegiado órgano, es incredulidad: “¿Cómo me puede haber pasado esto?”, un pasmo que torna rápidamente a rabia: pateo al aire, manoteo el vacío, derrocha las escasas fuerzas que le han quedado en una furibunda pataleta. “No es justo”, dice, “es increíble”. Más tarde llega el tiempo de las recriminaciones: “Debería haber tirado esta puerta... Tendría que haber esperado a que Isabel me diera la tableta... Fedra podía esperar... Ahora estaría viendo la tele...”, todo aún en una calma que va anteceder a la desesperación, que llega transcurridas un par de horas en este trance. Grita a los vecinos, pateo de nuevo, ahora el suelo, esperando que alguien lo oiga... pero sabe que todo es en vano: la casa está bien insonorizada, el suelo de madera absorbe los impactos sin escupir gran ruido. Su mente, esa que tantas alegrías materiales le ha proporcionado, piensa en algún modo de sacarlo del embrollo, pero no encuentra nada. Se dejó los mandos en la cama, los de las ventanas, el de la televisión, el celular..., toda ayuda inalámbrica que pudiera ahora echarle un cable. Al contrario que él, el desasosiego sí es capaz de cruzar el umbral y se va a instalar en su razón en el tiempo que sigue. “Isabel

no va a llegar hasta mañana”, se dice. “Tendré que pasar aquí toda la noche, de pie, encajado”, continua. “Tengo hambre”, al fin su estómago habla.

En este último tiempo en el que se tumbó a vivir, solo el sueño era capaz de alargar el intervalo regular de hora y media tras el cual Óscar devoraba alimento de forma convulsiva. Por eso, cuando son tres las horas que lleva embutido en el marco de la puerta, su estómago se queja por desoído y su boca no colmada solo puede consolarlo expulsando improperios.

Cae la noche y se consuela pensando que al día siguiente, a la hora en punto, como cada día laborable, Isabel acudirá rauda en su ayuda, solicitando una accesoria que suponía necesaria para sacarlo de allí.

Ha caído, a pesar del incomodo que supone su opresión y su disposición, en el sueño, y la luz de la mañana, atravesando la ventana al asomar el sol por el edificio mielgo, lo despierta. Ha soñado con Fedra, su nueva heroína, terminada, excelsa en formas y sangrienta en acciones, ensartando hordas de enemigos con su espada, a lomos de un caballo zaino que pisoteaba cadáveres recién fabricados por su jinete. La imagen onírica de su cuerpo, bamboleadas sus curvas por el galope del corcel, ha terminado de inspirarle para sus últimos retoques. Pero al despertar, recuerda la cárcel en que ayer fue preso, esta enmarcada broma del destino en la que se halla y por la que Fedra deberá esperar para ser torneada adecuadamente. “¿Qué hora será?”, se pregunta. “Isabel no tardará en llegar”, se consuela. Los minutos se le hacen horas, y la hora y media que transcurre desde su despertar una eternidad. Suena el celular varias veces hasta que cesa. Acto seguido el ring del teléfono, vetusto aparato

que ha estado a punto de tirar en multitud de ocasiones; ya no lo usa nunca porque el celular, hasta hoy, siempre lo ha tenido a mano. Tras cinco tonos oye su propia voz y un pitido ulterior, la señal de comienzo para el mensaje del contestador, que por infrecuente le resulta extraño.

“Soy Isabel, ¿por qué no me coge el celular?, le hago a usted dormido, espero que no le moleste, sé que es temprano. Le llamo para decirle que me ha surgido un inconveniente y no podré llegar a su casa. Mi hija, Isabelita, se rompió una pierna ayer. Justo regresar a casa, cayó por las escaleras y estuvimos toda la noche en el hospital porque hubo que operar para enderezársela. Yo le veo a usted el lunes, pero si necesita de cualquier cosa nomás me llama, que yo hago un huequito para lo que usted necesite. Un saludito y no se apure que Isabelita sale de esta como nueva, que el doctorcito ya me lo dijo. El lunes se lo compenso y le hago una tartita de manzana que sé que le gusta”.

Óscar cree desvanecerse, y lo haría sin duda si las circunstancias lo permitieran, es decir, si no le fuera físicamente imposible desplomarse al piso. La desesperación se incrementa considerablemente. Es viernes y sabe que debe pasar en esta situación estrambótica al menos hasta mañana, cuando, como cada sábado, aparecerá su hermana. Al pensar en ella al menos se reconforta con la idea de que ella podrá abrir la puerta sin problemas, pues tiene llave. Se la había dado hacía tiempo, después de que un día que ella llamara a la puerta y lo pillara en medio de uno de aquellos interminables episodios de evacuación que soportaba estoicamente, alejado tanto de la puerta como del mando que entonces la abría. Aquel día no pudo dejarla entrar, pues su espera no aguantó

el tiempo necesario para que él, aun dejando a medias el trabajo, se desplazara a la cama donde aguardaba el susodicho mando, y por ello decidió dejarle una llave.

Tendrá pues que esperar un día más y no va a ser muy agradable. Su estómago ya no solicita cortésmente un llenado, lo exige afanosamente, desplegando toda una serie de rugidos y sonidos que no recuerda haberle escuchado nunca antes, quizás por estar siempre tan colmado y satisfecho. Siente además una extraña sensación desconocida, un pellizco en la boca del estómago. No puede saber que es hambre porque nunca la experimentó, pero lo es. Además su lengua empieza a acorchársele por falta de líquido. Él extrañamente bebe agua, pero surte su gástrico con algún líquido azucarado que lo aleja de la sed que ahora siente.

Lleva ya un día atorado, siente ganas de orinar de nuevo y vuelve a vaciarse. Reaparece el charco creado el día anterior y ya desaparecido gracias a que la madera la absorbió, humedeciéndose con él y destilando desde entonces un olor que empieza a serle insoportable. Sus pantalones igualmente mojados acercan a su nariz esta desagradable esencia producto de su cuerpo. En definitiva, empieza a pasarlo realmente mal, y no solo eso, la idea de que debe seguir en este estado al menos un día más empieza a minar su moral al punto de hacerle reflexionar sobre su vida.

“Tendría que haber seguido los consejos de Pascual”, se dice pensando en las visitas mensuales del doctor: “Deje al menos los refrescos”, le dijo la última vez, “el agua es más sana y tiene cero calorías, cada vez que apaga su sed engorda

un poquito más". Y pensando en sus recomendaciones hace propósito de enmienda: "Beberé agua", empieza, y conforme el tiempo pasa, demasiado lento, en interminables horas, minutos, segundos, va agrandando una lista de propósitos: "Intentaré comer menos bollitos, dejaré los de crema, los de chocolate no, solo los de crema. Si no como los de crema, comeré la mitad, y si como la mitad engordaré la mitad". Parece mentira que este razonamiento proceda de un cerebro con un CI de 160, y es que para según qué cosas el cerebro de Óscar parece desconectarse automáticamente.

El tiempo transcurre despacio y Óscar intenta entretenerse con lo que puede. Esperando que llegue la noche y el nuevo día, y con él su hermana, ha planificado ya casi la totalidad del nuevo juego. Lo tiene todo en su cabeza: la imagen de Fedra, sus aventuras, sus armas, sus enemigos, sus compañeros, los distintos niveles a superar, los escenarios... solo le falta plasmar esas ideas. Esta distracción lo ha ayudado a esquivar la angustia de la situación.

Ha pasado la segunda noche, es casi mediodía y ahora solo espera escuchar el sonido de unas llaves abriendo la puerta de la entrada. "Vamos, llega ya", le dice mentalmente a su hermana. Pero no es el sonido que espera el que oye, sino de nuevo el del celular, y luego el timbre del teléfono, cinco tonos, y su propia voz que demanda un mensaje, el pitido y... la voz de su hermana.

"Oscarito querido, ¿por qué no te pones?, mira que eres perrito, cualquier día te pasa algo y no nos damos cuenta por no contestar... ¡pero si tienes el celular al lado, y el teléfono, y todito todo...! En fin, te hago en el baño como aquella vez. Te llamo porque hoy no voy a poder ir a verte. Resulta que no me acordé

que tenía una cita con la clínica, que tú sabes que me estoy dando sesiones para quitarme el vello. Así que no me esperes, bueno, seguro que no me extrañarás, total para la cuenta que me echas cuando te voy a ver. Pero que sepas que de todas formas te quiero hermanito, y que me tendrás que aguantar siempre. Intento pasarme mañana, pero no te lo aseguro, que puede que tenga invitados. Un besito”.

Óscar grita un “no” con todas las fuerzas que es capaz de reunir y luego llora como nunca. Si el día anterior se aterró con la idea de esperar atascado veinticuatro horas hasta la llegada de su hermana, podrán hacerse una idea de cómo digiere la noticia de que al menos debe pasar otro tanto allí, y eso con suerte, si su hermana se presenta al día siguiente.

Tras su grito desgarrador queda sumido en mudo llanto. Las lágrimas corren por su cara a borbotones, bordean la curvatura de su papada y se pierden en el pliegue de su cuello, donde se confunden con el eterno sudor de la zona. Todo su cuerpo se entera de la nueva a la vez que él. Su estómago, que ya hace tiempo que no ruge en demanda sino que duele en ausencia, ha prestado para la producción de aquel grito desolador, un aire adicional al dado por los pulmones. Sus manos y pies empiezan una suerte de baile epiléptico marcado por continuos movimientos rápidos, cortos y descoordinados, chocando con todo lo que les era posible -marco y la propia puerta las manos, suelo los pies-. Se tiraría de la cabellera si Isabel no lo tuviera permanentemente rapado para evitarle lo más posible la transpiración. Sus intestinos consideran que ya era hora de apuntarse también a la queja y empiezan a mandar anuncios en forma

de retortijones. Todo lo que experimenta en tan breve espacio de tiempo acaba por situarlo al borde del desfallecimiento, que finalmente le viene al rato, cuando su cerebro se niega a procesar tanto dolor.

Amanece el tercer día de este particular enclaustramiento en el que ninguna puerta ocluye el paso, sino que es el preso el que lo cierra. Óscar todavía no ha vuelto en sí, y tal vez esto es lo mejor que le ha podido pasar porque de esa manera el tiempo ha ido transcurriendo sin que se diera cuenta. Pero ahora despierta, y lo hace como se fue ayer, sumido en dolor. Sus tripas le avisan de que ya no pueden retener su contenido por más tiempo y él se da por enterado. Deja salir una carga de desecho que contribuirá aún más su penar. Siente dolor, miedo, asco... Por primera vez en su vida, de manera franca, entiende que no ha hecho mucho por él mismo, que los logros de su vida no han hecho que esta fuera mejor en alguno de los sentidos, en el que le ocupa ahora: su cuerpo. Y, a pesar de que es uno de los pocos con mucho, ahora, en este momento, no tiene nada; no puede siquiera moverse. Pero antes tampoco se movía apenas, y no le importaba. Comía, jugaba, trabajaba... Le parecía ser feliz. Inmerso en el hambre y la repugnancia piensa que quizás la gente de su alrededor siempre lo ha contemplado con los ojos con los que él se mira ahora.

Por primera vez en años reza a Dios, suplicándole que lo saque de esta tesitura: "Ya sé que hace tiempo que no te pido nada... pero es que antes creí tener todo lo que necesitaba, pensaba que hubiera sido injusto hacerte desviar la atención de la pobre gente que no tiene nada con mis fruslerías, y ahora veo que estaba equivocado, mira cómo me veo. Es cierto que tal vez debí agradecerte

todo lo bien que me ha ido en la vida, tuve que hacerlo, pero ahora advierto que había trampa escondida... quizás la pusiste tú, seguro que lo hiciste. Pues si es así, te aseguro que he abierto los ojos. Si salgo de aquí te prometo que cambiaré. No podría volver a la rutina que me ha llevado a esto, a esta broma tan macabra. Si lo que querías es darme un toque de atención lo has conseguido, pero, por favor, te imploro que me saques de esta”.

Justo termina su súplica cuando de nuevo, tras inútiles tonos de llamada, el contestador empieza a grabar un nuevo mensaje: Isabel le informa que no acudirá el lunes. La niña sigue en el hospital. Ella espera que él la comprenda y disculpe. Esta vez, puede que víctima de una incipiente depresión, Óscar no acusa tanto la mala nueva, y si vuelve a desfallecer no es a causa de sus nervios, sino de la intensa flojera que ya acumula su cuerpo.

Un golpe lo despierta. Su cabeza ha golpeado el suelo que rezuma orines. El olor lo incomoda solo el instante que tarda en apreciar que si está en el suelo es porque ya no está atorado en el marco de la puerta. Alza la cabeza y, efectivamente, se ve libre. Su cuerpo ha perdido líquidos en el tiempo que ha estado preso, y con ellos el volumen necesario para que pudiera escurrirse hacia abajo lentamente mientras estuvo privado de conciencia.

No le invade la alegría porque el cansancio le niega sitio a cualquier sentir distinto. Se limita a concentrarse en lograr el vigor necesario para mover sus más de trescientos kilos en una tarea que lo lleva reptando al borde de su amplia y reforzada cama, al lado de la puerta del frigorífico. Una vez allí ya se serena. Vuelve a sentirse él, alejando los fantasmas de una muerte jocosa que

habría tenido lugar destacado en todos los periódicos del país e incluso del mundo. “Gracias Señor”, dice mirando al techo. Tiene sed y hambre. Abre la puerta de la nevera para saciar la primera. Dentro unas botellas esperaban: agua, cerveza, refrescos de cola y leche. Coge el agua y justo cuando iba a empujarla la mira y la vuelve a dejar en su lugar, agarrando el refresco marrón: “Mañana, empezaré mañana”, dice nuevamente al techo, “hoy la necesito”. Tras calmar su sed le echa un ojo a la comida. Coge unos bollos de chocolate, dejando los de crema y se los come todos, uno tras otro. Cuando los acaba, devora también los de crema. Mientras termina con el último se dice a sí mismo: “Mañana mismo tengo que llamar para que tiren esa jodida puerta”.

Óscar harta su hambre y su angustia, y se relaja mirando el cielo de la Ciudad desde los aldaños de su cama. Queda mirando la torre gemela, espejo de la que acoge su hogar. Una silueta oscura rompe fugazmente su contorno de oriente a occidente. Óscar no sabe que acaba de ver uno de los escasos ejemplares de aquellos animales que un día no muy lejano reinaban con esplendor en los cielos americanos. El cóndor no sabe de esplendor, solo se ha dejado ver en su camino al vertedero. Allí ha encontrado la manera de evitar su declive comiendo los restos de aquellos que lo amenazan. Quizás sus ancestros le agradezcan internamente que los salve de la nada en que se convertirían sin una descendencia; al fin y al cabo, en su tiempo era Otra la que imponía las reglas de la supervivencia que siguieron estrictamente. Esa Otra, la vieja Naturaleza, ha sido sucedida por Ellos, el Hombre, los que ahora mandan y cuya basura va alimentarlos a partir de ahora; en realidad y en sentido estricto,

solo han cambiado de proveedor. Quizás ahora ese cóndor que planea sobre la ciudad no sea esplendoroso, tal vez no conozca cómo podría llegar a serlo, pero en el pasado sus antepasados fueron muriendo sin llegar tampoco nunca a conocer que efectivamente lo eran.